

de Judas con el mismo horror y espanto que si viese á alguno matar y robar. Aquella alma honrada rebelábase contra la escena de que era cómplice por su sola presencia. Pero al mismo tiempo era presa, como su marido algunos días antes, de ese frenético apetito de saber la verdad, que viene á ser en ciertas crisis agudas de duda una necesidad física, como un grito de nuestra naturaleza sentimental, tan imperioso como el hambre y la sed, y escuchaba á la terrible hermana de Florent Chaprón:

—¿Será una prueba cuando lo vea usted escrito por ella misma? Sí—continuó con una ironía cruel,—le gusta mucho la correspondencia á nuestra dichosa rival. Préciso es hacerla la justicia de que no escatima las confesiones en sus cartas. Escribe como siente. Parece que el sucesor había estado celoso del predecesor.—Tenga usted, ¿es esto una prueba?—Y después de haber hojeado las primeras cartas como una persona acostumbrada á estudiar en el legajo aquél, tendió á Maud uno de estos papeles del que la otra no tuvo ánimos para apartar los ojos. Lo que vió escrito sobre aquella hoja le arrancó un grito de agonía. No había, sin embargo, leído más que unas diez líneas, las que—entre paréntesis—probaban cuánto el psicólogo Dorsenne se había equivocado al creer que Maitland ignoraba las antiguas relaciones de su querida con Gorka. La grandeza de la señora Steno, lo que hacía de ella una mujer animosa en sus pasiones, hasta el heroísmo, era una sinceridad absoluta, y un disgusto por las pequeneces habituales en la galantería. Le hubiera repugnado negar á un nuevo amante el conocimiento de su pasado, y las confesiones á medias, propias de

la raza femenina, le parecían de una cobardía peor aún. No había, pues, procurado ocultar á Maitland las relaciones que por él rompía, y precisamente en una de las cartas en que hablaba de esto, habían caído las miradas de la señora Gorka. “Estarás contento de mí—decía,—y ya no veré más en tus ojos azules, que yo beso y amo “á nuestro modo,” ese rayo de desconfianza que me hace tanto mal. He cortado mi correspondencia con G. Si tú lo exiges, hasta me malquistaré con Maud, á pesar de la razón que tú sabes y que me lo hace difícil. ¿Estarás aún celoso? ¿Mi franqueza sobre estas relaciones, no es la más segura garantía de que han concluído? No tengas, pues celos. Comprende que aunque he creído amar, mi vida ha comenzado realmente el día en que tú me has cogido en tus brazos. Nadie ha conocido la mujer que tú has despertado en mí.”

—Escribe bien, ¿no es verdad?—dijo Lidia, con expresión de salvaje triunfo en sus pupilas.—¿Me cree usted ahora? ¿Comprende usted que hoy nuestro interés es común, que tenemos la misma afrenta que vengar? Y la vengaremos. ¿Comprende usted que no puede dejar que su marido se bata con mi hermano? Esta arma me la debe usted á mí. Aménácele usted con el divorcio. La fortuna la favorecerá á usted. Se quedará usted con su hijo. Pero impedirá usted el duelo. ¿Me lo promete usted?

—¡Ah! ¿Qué quiere usted que al presente me importe que se bata ó no?—dijo Maud.—¿Desde el momento en que me ha engañado así durante tanto tiempo, no soy viuda? No se acerque usted—añadió mirando á Lidia mientras un sentimiento de repulsión



agitaba todo su ser.—No me hable usted más. Me inspira usted tanto horror como él. Déjeme usted partir. Alejarme de aquí. Solamente el estar en la misma habitación que usted, me hace mucho daño, ¡Ah! ¡qué vergüenza!

Y había retrocedido hacia la puerta fijando en Lidia una mirada que ésta sostuvo, á pesar del desprecio que en ella había. Maud salió repitiendo: “¡Qué vergüenza!” sin que Lidia le dijese nada; tanto la había paralizado aquel resultado tan diferente del que esperaba.

Pero la terrible criatura no era de condición de abismarse en los disgustos ó remordimientos. Durante algunos momentos quedó pensativa. Después, estrujando nerviosamente entre sus manos la carta que había mostrado á Maud, á riesgo de que aquel papel arrugado la denunciara á su marido, dijo en voz alta:

—¡Cobarde! ¡Qué cobarde es! Ella ama. Perdonará. No ¿habrá, pues, nadie que me ayude? ¿Nadie que les destroce su dicha?

Y después de una nueva meditación, con el rostro más contraído aún, arrojó las cartas en el cajón, que cerró, y media hora más tarde ordenaba á un mozo que llevase una carta dirigida al inspector de policía del barrio, en la que avisaba del duelo concertado para el siguiente día, así como de los nombres de los dos adversarios y de los cuatro testigos. Si no hubiera sido por el temor á su hermano, hubiera firmado la carta sin vacilar.

—He debido comenzar por aquí.—se dijo.—En cuanto á mi marido, ¡si yo le contase lo que pasa! no, no le pediré nada. Le odio demasiado. Y concluyó con

una risa feroz, que descubrió sus dientes:—Es igual. Preciso será que Maud Gorka trabaje conmigo á pesar suyo. Siempre habrá una persona á quien no perdonará. A la Steno.

Y, no obstante su atroz inquietud, aquella alma cruel temblaba de alegría á la idea de su obra.

